

La Psicología del Libertador

Toda vida humana despierta el interés del psicólogo: es para él una halagueña promesa y un tormento.

Toda vida humana: la del labriego, con su gris monotonía campesina; la del niño harapiento que en apañado montón, juega a ciclista o a aviador; la del pescador, que pasa noches insomnes, mecido por las ondas...

Y es que en toda vida —incipiente o desarrollada— palpita el elemento eternamente humano: el sentido trágico al par que lírico de la vida, su honda inquietud, que en el niño se revestirá del simbolismo del juego; en el adulto tomará formas más larvadas.

De ahí que el psicólogo, ante el enigma de la vida, se sienta irresistiblemente seducido. Pero ¿cómo abrirse paso en el alma humana? ¿Cómo comprenderla... clasificarla? ¿Cómo apresar, en el frío esquematismo de una escuela la rica espumareda de la vida, en su incesante flujo y reflujo misterioso? De ahí, el tormento del psicólogo.

Si toda vida humana es una promesa halagueña, que incita a su estudio; pero al mismo tiempo un misterio indecifrible... Cuando se trata, no ya del pobre niño harapiento, (del Trastévere), ni del campesino inconsciente de sí mismo, sino de un hombre que, nacido en plena encrucijada de la historia, hijo de su siglo y superior a su siglo, dejó en pos de sí, como fruto de su vida, la estela luminosa de un grupo compacto de Naciones en el marco de la Historia; y en el corazón, en el culto de cada venezolano y de todo americano, la visión de un ser superior, héroe y cruzado, fusión de quijotismo y realidad; de un superhombre tercamente enamorado de la gloria, sí, pero ante todo y so-

bre todo, de un hermoso suelo americano... y cuando la fuente en que se nos revela ese hombre es un Diario, como el de Bucaramanga, tan íntimo, tan rico en matices psicológicos, verdadera instantánea del alma de Bolívar en los momentos más trágicos de su vida: entonces, Señores, tengo que declararme necesariamente vencido por el tema!

En la imposibilidad de abarcarlo, me limitaré a presentaros algunos de los rasgos psicológicos más salientes del Diario. Y ello, para facilitar la investigación, a través de una sola escuela caractereológica: la de Heymans.

La Concepción Caractereológica de Heymans. — Cuando la atención de los psicólogos, superada la estrecha concepción atomística de la psicología, se orientó en un sentido más dinámico y estructural en la interpretación de la personalidad, uno de sus primeros anhelos fué el de comprender cabalmente las diferencias que caracterizan las diversas individualidades. De ahí las diferentes escuelas caractereológicas: Kretschmer, Adler, Jung, Stein, etc.

Entre los caractereólogos, Heymans, psicólogo holandés, propuso su concepción que, si no tan profunda como la de Adler, al menos ofrece un esquema de trabajo práctico y no privo de fundamento biotipológico.

A tres líneas fundamentales reduce Heymans la "fórmula psicológica": e. motividad — actividad — función.

A cada una de esas líneas corresponden una serie de cualidades derivadas. Y como dichas líneas generatrices pueden combinarse en diversa forma y proporción, de ahí que se originan diversas "fórmulas" o tipos psicológicos. A ocho

los reduce Heymans: nervioso, sentimental, sanguíneo, flemático, colérico, pasional, amorfo y apático.

Nótese sin embargo, que bajo estos nombres, Heymans no entiende las mismas realidades que se designan en la vieja clasificación de Galeno.

Bolívar "emotivo"

La Emotividad según Heymans. — La Emotividad da origen a dos tipos psicológicos: el emotivo; el no emotivo.

Dos sujetos acaban de recibir una noticia agradable, por ejemplo, que han sido objeto de una distinción, o premio.

El primero no puede contener la alegría: corre de un lado a otro, sale del cuarto, de la casa, va a comunicar la noticia a sus parientes y amigos, los abraza efusivamente.

El segundo se muestra satisfecho. Sin embargo, es una alegría contenida naturalmente (no por efecto de educación!); continúa su trabajo y sólo después de un tiempo, comunica la noticia, con cierto aire de estoica indiferencia, como si se tratase de otro.

El primero es un emotivo. El segundo, un no emotivo.

Respecto a las tendencias que dominan en el "tipo emotivo", se señalan: la ambición y vanidad. El emotivo es com. pasivo y servicial, poco egoísta, dado a actividades filantrópicas, digno de confianza en los negocios. Pero el emotivo exagera fácilmente, y sus afirmaciones no son siempre dignas de fe. En política, prefiere los extremos. En la conversación, se inclina a tratar de otras personas o de sí mismo, más que de "cosas"...

La emotividad de Bolívar. — En presencia de este cuadro del emotivo, parece no se puede dudar: Bolívar es un auténtico emotivo.

De los muchos rasgos de exquisita emotividad, en que abundan el D. de B. entresacaremos solamente algunos.

Toda la gama de la vida efectiva vibra en el alma del Libertador en ese período de tres meses: desde la honda tristeza remansada —silenciosa con el mutismo de los llanos— hasta la noble exaltación caballeresca.

Y ante todo: en el emotivo, el influjo del estado fisiológico, se deja sentir fácilmente: Bolívar lo ha experimentado en sí: observa finamente cómo su

mente se halla más dispuesta en ciertas circunstancias especiales (c. j. 152; 286; 289).

A veces, al contrario, la emoción psíquica encuentra una honda resonancia dolorosa en el cuerpo: la angustia trepidante y la indecisión abaten su férreo organismo. Necesita salir al campo para poder trabajar:

"Por la tarde el Libertador nos dijo que mañana iríamos al campo, para tratar de refrescar un poco la cabeza y ver de buscar ideas más calmas y más sentadas. Se veía en su semblante la agitación de su espíritu, y el trabajo de la imaginación. ." (169).

Es que su semblante, como fino micrófono, registra todas las ondulaciones de su espíritu, tristes jubilosas: en esas ocasiones, aun el color del rostro le traiciona:

"El color de la cara es tostado, y se obscurece más con el mal humor: en dicho estado el semblante es otro; las arrugas de la frente y de las sienes, son entonces mucho más aparentes; los ojos se achican y se encajonan más; el labio inferior (re)sale considerablemente y la boca se pone fea; en fin, se ve una fisonomía toda diferente; una cara ceñuda que indica pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías. Contento todo esto desaparece, la cara se anima, la boca es risueña, y el espíritu del Libertador brilla sobre su fisonomía. ." (237).

"A veces, sin estar colérico, S. E. es silencioso y taciturno: entonces tiene algún pesar, o proyecto en la cabeza, y hasta que haya tomado su resolución, que comunmente es pronta, no se le pasa el mal humor, o la inquietud que manifiesta tener. ." (335).

¿Se deberá tal vez a inconstancia ese continuo entremezclarse de sombras y luces en su espíritu? No, Señores! Estamos en presencia de un emotivo. Y el emotivo, aun dotado de férrea voluntad, no puede menos de experimentar esas fluctuaciones y, a veces, de reflejarlas:

"El día 16. No salió de su cuarto, el Libertador, esta mañana, sino para almorzar, y en la mesa no habló casi con nadie. Esta variedad en el humor de S. E. podría atribuirse a una desigualdad o inconstancia en su carácter, si el motor principal ("de ella") no fuera únicamente la diversidad de los negocios políticos que continuamente ocupan su imaginación, y le ponen el espíritu tris-

te o alegre. S. E. está siempre nadando en medio de los temores y de las esperanzas; los que los rodean y los que le escriben lo mantienen, los unos en aquellas primeras ideas y los otros en las segundas, y por bueno que sea su juicio, por pronto que sepa determinarlo, siempre hay alguna estagnación de malas ideas que alteran el humor; pues, en resumen, el Libertador lo tiene bueno y jovial" (264).

Tan bueno y tan jovial que, a veces, desbordaba como, viejo vino espumante, en íntimas confidencias: era la hora de descorrer el velo de la vida pasada, cuando el Libertador, olvidado de su alto carácter de primer Magistrado, se allanaba a tratar con sus amigos, como uno de tantos:

"Qué diferencia hay en ver a S. E. en una reunión particular, en una concurrencia de etiqueta, o verlo entre sus amigos de confianza y sus Edecanes. Con estos parece igual a ellos, parece el más alegre y algunas veces el más loco" (135) (cfr. 196).

Sin embargo, la alegría no influye en apartar la férrea voluntad de Bolívar de la dirección una vez tomada:

"El general Soublette, el coronel O' Leary y el comandante Herrera, viendo al Libertador muy contento, quisieron aprovechar aquel momento para interceder de nuevo en favor del coronel Muñoz: mas S. E. (estuvo) inexorable, y puso fin a la instancia, preguntando seriamente al general Soublette si había ejecutado la orden que había dado para la venida de dicho coronel a Bucaramanga" (268).

Los estrechos límites del tiempo de que dispongo, y la abundancia misma de la materia, me impiden detenerme más en este aspecto de la "emotividad" del Libertador. Paso, pues, por alto otros rasgos derivados de esa emotividad, que acaban de iluminar su semblanza: su nobleza con el enemigo (193), su ardiente pasión amorosa hacia su mujer (226), la curiosidad de su espíritu (238) al par que su delicadeza (247); el hondo sentimiento con que le hiere la ingratiudá (255) y que él supera con un magnánimo perdón; su fina

ironía en unión con su admiración por la cultura (301); su sensibilidad poética (306) y su sentido humanitario: de éste último permitidme recuerde alguna de sus frases sobre el criticado armisticio con Morillo, el día 27 de noviembre del año 20:

... "tratado de regularización de la guerra, que se firmó tal, casi como lo había redactado yo mismo: tratado santo, humano y político que ponía fin a aquella horrible carnicería de matar a los vencidos; de no hacer prisioneros de guerra; barbarie... que los patriotas se habían visto en el caso de adoptar en represalia..." (323).

Y ¿no deriva igualmente de la emotividad aquel arte inimitable de narrar que poseía el Libertador?

"Todos los cuentos del Libertador son chistosos porque los refiere con arte y elocuencia seductora; a veces son muy alegres y nunca les falta la sal que despierta el interés y la curiosidad..." (215).

Algunas observaciones de Peru de Lacroix, en su retrato de Bolívar, serán el mejor resumen del aspecto que exponemos: en ellas parece como si el Autor se hubiera adelantado a Heymans, al atribuir a Bolívar aquellas cualidades que éste señala como típicas de los emotivos: entusiasmo, franqueza, generosidad, al mismo tiempo que tendencia a exagerar en las epreciaciones y ciertas extremosidades:

"Es susceptible de mucho entusiasmo: como hombre político se le puede culpar de su grande y constante generosidad: su desprendimiento iguala este último sentimiento. Es amante de la discusión; domina en ella por la superioridad de su espíritu; pero se muestra algunas veces demasiado absoluto, y no es siempre bastante tolerante con los que lo contradicen. Desprecia la vil lisonja y los bajos aduladores: la crítica de sus hechos lo afecta; la calumnia contra su persona lo irrita vivamente, y nadie es más amante de su reputación que el Libertador de la suya". (330).

"En bondad tiene el corazón mejor que la cabeza; la ira nunca es duradera en él" (331).

Carlos G. Plaza, S. J.